



# CEM

Conferencia del **Episcopado** Mexicano

## **Reflexión desde la fe cristiana a dos meses de la muerte del Cardenal Posadas** *Comunicado del Consejo Permanente de la CEM*

México, D.F., 24 de julio de 1993

«Dichosos los que trabajan por la paz: serán llamados hijos de Dios» (Mt. 5,9)

En continuidad con el COMUNICADO del 4 de Junio, y pendientes todavía de las investigaciones de nuestras autoridades, hoy hacemos esta REFLEXIÓN DESDE LA FE CRISTIANA al cumplirse dos meses de la muerte del Cardenal Posadas.

Su muerte forma parte ya de la historia de la fe cristiana del pueblo de México. El pueblo creyente entrega a Dios esta vida, fruto de la fe, de la caridad y de la esperanza.

Nuestra experiencia de fe nos permite considerar este hecho como signo de la gracia de Dios, puesto que lo contemplamos a través de la muerte de Cristo, que da sentido a la vida humana.

En efecto, Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne, asumiendo nuestra vida humana en todo, menos en el pecado, nos comunica en plenitud su vida divina. Las realidades de la vida humana, asumidas por Cristo, son el medio para que el hombre comprenda que su destino es participar en plenitud la vida divina.

Las páginas de la Sagrada Escritura están permeadas de esta verdad. He aquí la voz de San Pablo: «Llevamos el tesoro de nuestro ministerio en vasijas de barro para que aparezca evidente que la extraordinaria grandeza del poder es de Dios.... Aún viviendo, estamos continuamente entregados a la muerte por Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra vida mortal» (2Cor 4,7-11).

Esto significa que por la fe nos hacemos portadores, desde el día de nuestro bautismo, de la muerte y de la vida de Cristo. Así, nuestra vida y nuestra muerte tienen un sentido trascendente y santificante. Porque la muerte de Cristo es semilla de vida eterna. El muere para triunfar y su triunfo es la resurrección para la gloria del Padre. De esta realidad se nutre nuestra esperanza como cristianos. Así entendemos la muerte del querido Cardenal Posadas y de las otras seis personas que murieron con él.

Mirando todo esto desde la fe resulta evidente el espíritu de comunión y de esperanza que hemos vivido como pueblo en México: fieles practicantes y no practicantes, autoridades eclesíásticas y civiles, sacerdotes, religiosos y religiosas, hemos estado unidos en la plegaria solidaria, en expresión viva de comunión, como cuando nos ha visitado el Santo Padre o en las horas amargas del terremoto de 1985 en la Ciudad de México.

Más allá de ideologías, de religiones o de partidos, el pueblo de México ha vivido la fraternidad, ha orado a Dios en la esperanza, ha crecido en el espíritu de comunión.

Por otra parte, como señala el Documento de *Santo Domingo*: «Observamos en nuestra realidad social el creciente desajuste ético-moral, en especial la deformación de la conciencia, la ética permisiva y una sensible baja del sentido de pecado. Decrece el sentido



# CEM

Conferencia del **Episcopado** Mexicano

de la fe, se pierde el valor religioso, se desconoce a Dios como sumo bien y último juez» (SD 232).

Nuestra Patria está amenazada por la corrupción y la violencia. Corrupción tanto más lamentable, cuanto que afecta a jóvenes y a adolescentes que pierden la esperanza y no saben para qué vivir....

Esta paulatina desintegración y desmoronamiento moral, es signo de que la vida cristiana languidece y se debilita en nuestras familias y en nuestro país. ¡Cuánta responsabilidad tenemos en esto los ministros de la Iglesia de Cristo, los padres de familia, los educadores, los que trabajan en la comunicación!

Este es el momento de revitalizar la fe, de ir adelante en las actitudes generosas de auténtica vida cristiana. La Iglesia debe ser, como Cristo la quiere, lugar de respeto, de fraternidad y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando. Por esto los Obispos de México hacemos hoy de nuevo un serio llamado a cada uno de los fieles para que se fortalezca y vivifique nuestra vida cristiana y todos demos testimonio vigoroso de nuestra fe.

Que no nos venza el odio, el deseo de venganza o el desaliento. Nuestra Señora de Guadalupe nos sigue diciendo: ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y corres por mi cuenta?

Recordemos que el Reino de Cristo es un «reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz» Vivamos la alegría prometida por Cristo: «Dichosos los que trabajan por la paz: serán llamados hijos de Dios».

Por el Consejo Permanente de la CEM

+ *Adolfo A. Suárez Rivera*  
Arzobispo de Monterrey  
Presidente de la CEM

+ *Ramón Godínez Flores*  
Obispo Auxiliar de Guadalajara  
Secretario General de la CEM